

raron al otro lado del Danubio con tanta precipitación, que dexaron en el cuartel del Gran Visir el gran estandarte del imperio otomano, y las colas de caballo, que son las insignias ordinarias de su dignidad, y que se llevan delante de su Alteza.

Nunca victoria alguna costó menos sangre á los vencedores, ni fue mas completa. Los turcos dexaron todas sus tiendas, casi todo su equipage, todas sus municiones de guerra y boca, toda la artillería, la que subia á ciento y ochenta piezas entre cañones y morteros, y casi cien mil hombres muertos en el campo. El cansancio del ejército cristiano impidió á los generales el seguir á los enemigos. Se veían los soldados cargados de botin entrar en Viena, llevando delante los nuestros rebaños de bueyes que los turcos habian dexado en el campo: no hubo soldado cristiano que no cogiese muchos despojos de los infieles. El emperador Leopoldo Ignacio, habiendo vuelto el mismo dia á Viena hizo cantar el *Te Deum*. con toda solemnidad; reconociendo y confesando, que una victoria tan no esperada, era efecto de la ayuda del cielo, y singularmente de la proteccion tan visible de la santísima Virgen. El mismo juicio hizo el papa Inocencio XI, persuadido este gran Pontífice á que una victoria tan célebre se debia singularmente á la especial proteccion de la santísima Virgen; y en memoria y reconocimiento de un tan insigne beneficio mandó que la fiesta del santo nombre de María, establecida ya mucho tiempo habia en muchas provincias de la cristiandad, se celebrase en adelante universalmente de precepto en toda la Iglesia, y fixó esta fiesta al domingo dentro de la octava de la Natividad, en memoria y reconocimiento de esta famosa accion tan feliz para los cristianos, la que sucedió el quinto dia de la octava.

§. XXXIII.

De las santas congregaciones establecidas á honra de la santísima Virgen.

Esta confianza de todos los verdaderos fieles en la bondad y proteccion de la santísima Virgen, no es solamen-

te de estos últimos tiempos; es de todas las edades de la Iglesia: el espíritu primitivo de nuestra religion siempre es el mismo; así tenemos el consuelo de ver en estos últimos tiempos la misma confianza, la misma devocion, el mismo zelo, el mismo fervor para con la Madre de Dios, que se veía en los primeros siglos de la Iglesia. De aquí aquel sin número de templos y de altares consagrados á Dios baxo el augusto nombre de la santísima Virgen, y tantos y tan diversos ejercicios de devocion establidos en la Iglesia para fomentar y aumentar el zelo y la confianza hácia la Madre de Dios. De aquí tantas familias religiosas baxo el augusto título de siervos y devotos particulares de esta madre de los escogidos. De aquí tantas devotas hermandades baxo su proteccion y su nombre, autorizadas por tantos sumos pontífices.

De varias congregaciones.

De aquí esas congregaciones, que se pueden llamar unas academias de virtud y de santidad, de donde salen todos los dias para el bien y la santificacion del mundo tantos dignos prelados, tantos pastores y sacerdotes zelosos, tantos santos magistrados incapaces de cometer la menor injuria, tantos religiosos, tantos padres de familia tan irreprehensibles y tan exemplares, que reconocen deber toda su felicidad á la proteccion de la santísima Virgen, baxo cuyos auspicios están especialmente en esas congregaciones: en donde reyna la pureza de la fe, la solidez de la devocion, el zelo y el fervor de la caridad cristiana: en donde las gentes del mundo experimentan aumentarse en sus personas todas las semanas el espíritu del cristianismo, gustando cada dia mas de las máximas de Jesucristo; y en donde la verdadera devocion se fortifica y arraiga con las fervorosas exhortaciones que se oyen, con el frecuente uso de los sacramentos, y con los buenos exemplos. Tales son las congregaciones establecidas en varias casas religiosas á honra y baxo la proteccion especial de la Madre de Dios. Los elogios que de ellos hacen los sumos pontífices, la liberalidad con que no cesan de distribuir los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que están sentados en ellas,

manifiestan bastante la utilidad de estas devotas juntas y hermandades.

Noticioso, dice el papa Gregorio XIII. de los grandes bienes que resultan de este género de congregaciones establecidas ya en las principales ciudades de Europa, y sabiendo lo mucho que contribuyen á reformar las costumbres, á aumentar la piedad, y á inspirar una devoción tierna y sólida á la santísima Virgen, deseando de todo corazón que todos los fieles se aprovechen de unos tan santos establecimientos, además de la indulgencia plenaria que les concedemos para el día de su admisión, como también para la hora de su muerte, y para las principales fiestas del año, queremos que todos los que fueren admitidos en ellas en cualquiera parte del mundo, solo con visitar una de las iglesias del lugar donde se hallaren, y rezando siete veces el *Padre nuestro* y el *Ave María*, ganen la mismas indulgencias que ganarian, si estando en Roma, visitasen las estaciones, é hiciesen las demás obras de devoción que se deben hacer para ganarlas.

Así derrama este gran Papa con una liberalidad extraordinaria el tesoro de las indulgencias en favor de estas asambleas de devoción, de estas hermandades y compañías cristianas, que llama escuelas de la salvación.

Viendo, dice Sixto V., los grandes bienes que producen en la viña del Señor las edificativas congregaciones consagradas á la santísima Virgen, no podemos menos de alabarlas y honrarlas con los títulos que las son debidos. A fin, pues, que los fieles se animen á hacerse admitir en ellas, y se exerciten en las buenas obras que en ellas se practica, confirmamos todas las gracias y privilegios que nuestro predecesor Gregorio XIII. de feliz memoria, les concedió, concediéndoles nosotros otros nuevos, sabiendo cuán útiles y ventajosos son al público estos establecimientos: *Ipsas congregationes seu sodalitates condignis titulis extollimus, &c.*

Clemente VIII. no hace de ellas menor elogio. Todos estos grandes Papas, y muchos de sus sucesores, que antes de ser elevados á la santa Sede eran de estas devotas congregaciones, informados perfectamente de los grandes bienes que de ellas resultaban á toda la Iglesia, no han dexado pasar ocasión en que no hayan exhortado á los fieles á una

devoción tan sólida, y tan propia para hacer reynar la paz en las familias, la caridad cristiana en las ciudades, y en todas partes una tierna devoción á la santísima Virgen, y una sincera y edificativa piedad.

Del mismo principio de religion, y del mismo Espíritu santo que anima á la Iglesia, tienen su origen las célebres cofradías del Rosario y del Escapulario, fuentes inagotables de gracias y bendiciones del cielo, sobre las cuales la Iglesia no cesa de derramar con profusión sus tesoros, en las cuales pocos de sus verdaderos cofrades dexan de experimentar todas los días, y singularmente á la hora de la muerte, especiales gracias y auxilios, y una particular protección de la santísima Virgen. De aquí, en fin, viene esta variedad, esta multiplicidad admirable de devotas hermandades establecidas todas con tanto fruto baxo el estandarte y los auspicios de la reyna de todos los santos, de la madre de los escogidos, de la abogada omnipotente de todos los fieles.

Archicofradía de nuestra señora de los Sufragios.

La antigua archicofradía, ó la gran cofradía establecida tanto tiempo ha en Roma y en otras partes, baxo el título de nuestra señora de los Sufragios, en favor de las almas del purgatorio.

Cofradía, baxo el título de la Correa de la santísima Virgen.

La célebre cofradía llamada de la Correa de la santísima Virgen, establecida con la autoridad de la santa Sede en todo el famoso orden de san Agustín, es un fondo no menos fecundo en favores y gracias espirituales para todos los cofrades. Era costumbre entre los judíos que todas las doncellas llevasen una correa, hasta que habiéndose casado, y empezado á parecer embarazadas, las iban á ofrecer á Dios en el templo, y desde entonces gozaban de la dignidad y privilegio de las madres. Despues de haber parido llevaban otra, que era como símbolo de la modes-

tia y del pudor que debían ser comunes á todas las mugeres; y esta correa, segun el reparo del erudito Pedro de san Romualdo, se enterraba con ellas. Habiéndose encontrado esta sagrada reliquia en el sepulcro de la santísima Virgen por Juvenal, patriarca de Jerusalem, hácia el año 450, la devota emperatriz Pulqueria la hizo llevar á Constantinopla, donde fue colocada en la magnífica iglesia de nuestra Señora, llamada de las Blaquernas; y esto es lo que dió ocasion á la Iglesia griega para establecer una fiesta particular, llamada de la Correa de la santísima Virgen, en el día 2 de julio, que fue el día de esta célebre translacion; y otra segunda fiesta en el 31 de agosto, que se cree haber sido el día en que empezando á conocerse el milagroso preñado de la santísima Virgen, fue esta Señora á ofrecer á Dios su correa de doncella en el templo.

San German, patriarca de Constantinopla, y el célebre Autimio compusieron muchos sermones á honra de esta sagrada Correa, y refieren los milagros que se obraban con solo tocarla. *No es posible ver vuestra venerable correa, santísima Virgen, dice el mismo san German, sin quedar llenos de gozo y penetrados de devocion.* Eutimio todavia se extiende más sobre el respeto y devocion que se debe tener á esta santa reliquia: *Honramos y veneramos, dice, la respetable correa que vemos conservarse entera despues de novecientos años: creemos que la Reyna del cielo se ciño con ella. A vista de esta santa reliquia se han hecho pedazos los altares de los falsos dioses: ¿cuántos templos de ídolos no ha arruinado, y qué de milagros no obra á vista de todo el mundo?*

Habiendo los príncipes cristianos sacado la Tierra santa del poder de los infieles, y hechos dueños de Constantinopla los franceses, á principio del siglo XIII. traxéron á Francia gran número de santas reliquias con que la mayor parte de sus iglesias están enriquecidas el día de hoy. No fuéron las menos preciosas las dos correas de la santísima Virgen. La una se conserva en la iglesia de Brujas, en Flándes; la otra se ve en la célebre iglesia de nuestra señora del Pui, en Velay. La mayor parte de las iglesias de España hacen una fiesta particular de la ofrenda que hizo la santísima Virgen de su correa en el tem-

plo, la cual fiesta se intitula: *Depositio sanctæ zonæ beate Virginis.* Aix La-Chapela y la iglesia de Chartres se juzgan dichosas en poseer una parte de este tesoro, como parece por la inscripcion en griego que se lee sobre el sitio en que esta santa reliquia se conserva en Chartres en estos términos: *De la venerable correa de la Madre de Dios.*

En la vida de santa Mónica se lee que se la apareció la santísima Virgen vestida de negro, con una correa del mismo color, de mas de una pulgada de ancho; y no se duda que en atencion á esta misteriosa aparicion se estableció la devota cofradía, llamada de la Correa de la Madre de Dios en todo el orden de san Agustin. Instituyóse el año 1446, segun Baronio, en el pontificado de Eugenio IV. al principio, baxo el título y advocacion de la Correa de la santísima Virgen, y despues baxo el de nuestra señora de la Consolacion.

Cofradía baxo el título del santísimo Corazon de María.

Fuera de un sin número de otras devotas congregaciones, establecidas con la autoridad de la santa Sede, baxo diversos títulos tomados de las prerogativas de las virtudes y cualidades particulares de la Madre de Dios, todas las cuales son unos medios muy propios para avivar la devocion, y merecer á todos los que están sentados en ellas una especial proteccion de la santísima Virgen, hay tambien la cofradía del santísimo Corazon de María, establecida en Arlés, en At. y en otras partes con autoridad de la santa Sede, como parece de una bula del papa Clemente IX. del 28 de abril de 1668, cuya fiesta se celebra el día 8 de febrero con autoridad del mismo Papa. Ciertamente, despues del corazon de nuestro Señor Jesucristo, centro é instrumento del extremado amor que nos tiene, ¿qué corazon mas digno de nuestra veneracion y de nuestro culto, que el amable corazon de María, siempre abrasado en el mas puro amor de Dios, y siempre lleno de ternura para con todos los hombres? A la verdad, si la veneracion que pro fesamos á los Santos hace que su

corazon nos sea tan precioso, y que le miremos como la mas preciosa de sus reliquias; ¿qué debemos pensar del corazon tan puro y tan santo de María, objeto de las mas tiernas complacencias de Dios desde el primer instante de su inmaculada concepcion? ¿cómo debemos mirar á este corazon mas puro, mas santo, mas abrasado del fuego del amor divino desde aquel primer instante que el corazon de todos los santos juntos lo ha sido al fin de su vida? ¿qué corazon despues del sagrado corazon de Jesus ha estado jamás en disposiciones tan admirables, y tan conformes á nuestros verdaderos intereses? ¿dónde hallaremos un corazon, cuyos sentimientos, cuyos movimientos no hayan sido, y nos sean todavía tan ventajosos? ¿de qué zelo de nuestra salvacion no ha estado siempre abrasado? ¿de qué compasion no está penetrado continuamente de vista de nuestras necesidades y miserias? Juzguémoslo por la parte que tomó en los tormentos y en la muerte de su divino Hijo, cuyo sacrificio habia ya hecho mucho tiempo antes al Eterno Padre. ¿Qué corazon de madre mas afectuoso hácia nosotros, mas impaciente, mas sensible, mas tierno? Este amable corazon es el asiento de todas las virtudes: es un manantial inagotable de bendiciones, y debe ser el asilo de los pecadores y el retiro de todas las almas santas. Y así pocos establecimientos hay mas piadosos, pocas cofradías mas devotas y mas útiles que la cofradía del santísimo Corazon de María: dichosas las comunidades y las ciudades donde está fundada esta devota hermandad.

*Cofradía de la inmaculada Concepcion
de María santísima.*

Finalmente, hay tambien la cofradía de la inmaculada Concepcion de María, una de las mas antiguas, establecida en Tolosa mas de quinientos años ha, aprobada y enriquecida de privilegios é indulgencias por cuatro breves; uno del papa Alexandro VI. y tres del papa Alexandro VII. y fundada, segun se cree, por Folques, obispo de Tolosa, el año 1208.

§. XXXIV.

*Zelo ardiente que en todo tiempo ha mostrado
la Iglesia por la gloria y culto
de la santísima Vírgen.*

A la verdad no hay cosa mas sólidamente establecida que la profunda veneracion, la tierna devocion, y la entera confianza hácia la santísima Vírgen. Apelemos al testimonio auténtico de la Iglesia; y sobre los vestigios de la mas antigua tradicion, subamos hasta los primeros siglos; recojamos todos los sufragios de los padres griegos y latinos; consultemos las mas antiguas liturgias; sigamos las luces que nos subministra la historia; ¿qué prodigioso número no hallaremos de templos y de altares edificadas baxo su advocacion! ¿qué de imágenes cuyas pintadas y grabadas que hemos heredado de nuestros antepasados! ¿qué ciudad, qué aldea donde no haya una imagen milagrosa de la Madre de Dios, donde no haya alguna iglesia, alguna capilla ó algun oratorio consagrado singularmente á honra suya, y adonde no acuda un concurso extraordinario de verdaderos fieles! ¿Quién puede ignorar el zelo ardiente y universal que cada siglo, en que María ha sido atacada, ha manifestado por la defensa de sus intereses? Traigamos solamente á la memoria el glorioso triunfo que consiguió la Madre de Dios en uno de los numerosos y mas santos concilios, qual es el de Efeso. El hecho es demasiado glorioso á la santísima Vírgen, y demasiado notable para que le omitamos en esta historia.

Nestorio, patriarca de Constantinopla, aquel hombre vano, que con capa de modestia y de piedad ocultaba el alma mas maligna y mas negra, dexándose arrebatado del espíritu de soberbia, y abusando del poder que le daba su carácter y su dignidad, tuvo la osadía de disputarla á María la augusta cualidad de madre de Dios; y en consecuencia de esto, no hubo artificio que no emplease, ni estratagemas de que no usase para encubrir su error, ó para suavizar y modificar la malignidad de su heregía; pues, segun la relacion de los padres, concedia á María cuantos

títulos especiosos y brillantes se pueden imaginar, menos el de *Theótos*, ó *Madre de Dios*, sobre el que era únicamente la cuestión. Confesaba el malvado que María era madre del Santo de los santos, y que era madre del Redentor de los hombres; convenía en que había recibido y llevado al Verbo de Dios en sus castísimas entrañas; pero jamás quiso confesar que la santísima Virgen fuese absolutamente y sin restricción Madre de Dios; cualidad que es el principio y fundamento de todas las otras. La Iglesia que veía, que negar á María el augustísimo título de Madre de Dios, era destruir todo el misterio de la encarnación, tomó la defensa de este punto esencial con toda la fuerza y ardor que la inspiraba su zelo; y cuanto mas se obstinaba Nestorio en combatir el título de Madre de Dios, tanto mas se interesó ella en mantenerle y defenderle. Se juntó el célebre concilio de Éfeso el año 431. En él fue condenado y excomulgado, degradado el herejía Nestorio, y anatematizados todos sus errores. Declaróse como uno de los principales artículos de la fe, y como un punto esencial de religion, el creer que María era, en el sentido mas natural, verdaderamente madre de Dios. No quiso decir con esto el concilio que fuese nueva esta creencia; pues, segun san Cirilo, toda la tradición la autorizaba, y ya habia mucho tiempo que Juliano apóstata se les habia echado en cara á los cristianos: *Vos Mariam nunquam cessatis vocare Dei genitricem*. Lo que quiso decir fue, que esta creencia tan antigua como la Iglesia fuese en adelante como un símbolo de fe; y así se decretó en el concilio de Éfeso, que el título de Madre de Dios fuese un término consagrado contra la herejía nestoriana, como el de consubstancial lo habia sido en el concilio Niceo contra la herejía arriana.

No se puede imaginar con qué alegría, con qué aplauso fue recibido este juicio de la Iglesia universal, tan glorioso á la santísima Virgen; el caso es demasiado notable para ser omitido aquí.

Llegado el dia en que se debia concluir y pronunciar el juicio del concilio sobre la maternidad divina de María, las calles y plazas se llenaron de gente, corrieron en tropas á la puerta del famoso templo dedicado á Dios baxo la advocacion de la santísima Virgen, en donde los pa-

dres del concilio estaban congregados; y lo mismo fue publicarse la decision, y saber que á María se la habia mantenido en la justa posesion del augustísimo título de Madre de Dios, que resonar toda la ciudad con aclamaciones y gritos de gozo: el gozo y la alegría fueron tan universales, que al salir los padres para irse á sus casas, los llenó el pueblo de bendiciones, y los llevó en triunfo hasta sus posadas. Todo era quemar aromas é inciensos en las calles por donde debian pasar; mil fuegos artificiales alumbraban y hermozeaban el ayre; y puede decirse que nada faltó á la pompa de este devoto y universal regocijo, ni á la magnificencia de la gloriosa victoria que María habia conseguido de sus enemigos y de los de su Hijo. Tanta verdad es, exclama san Buenaventura, que esta piadosa ternura y este culto religioso hácia la Madre de Dios han sido en todo tiempo comunes á todos los verdaderos fieles. El desgraciado fin del impío Nestorio hizo ver bien presto lo que deben esperar todos los enemigos de la santísima Virgen. Se cree que en el santo concilio de Éfeso, presidido por san Cirilo en nombre del papa san Celestino, compusieron el presidente y los demas padres esta hermosa deprecacion á la Madre de Dios, que la Iglesia ha adoptado despues; *Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amen*. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

§. XXXV.

Del zelo particular de todos los fieles por la inmaculada concepcion de la Madre de Dios.

Si los fieles han tenido tanto ardor, y han mostrado tanto zelo en defender la divina maternidad de la santísima Virgen, no han manifestado menos devocion y fervor en honrar su inmaculada concepcion, privilegio que la es todavia mas apreciable que la misma maternidad divina; pues estando resuelta á preferir su virginidad á esta sublime dignidad; ¿cuánto mas hubiera preferido la